

## Vigésimo Quinto Domingo del Tiempo Ordinario A2020

Las lecturas de este domingo hablan de la generosidad de Dios. Nos muestran que la liberalidad y la diligencia de Dios van más allá de los méritos humanos. Nos invitan a entender que nuestra salvación es un regalo que recibimos de Dios y no algo que ganamos o merecemos gracias a nuestros esfuerzos.

La primera lectura describe la invitación del profeta Isaías al pueblo de Israel para que busquen al Señor cuando aún sea el momento. Destaca en particular su llamado a que abandonen sus caminos pecaminosos y cuenten con la misericordia de Dios. El texto también muestra la distancia entre los modos de razonar humanos y los modos de pensar de Dios.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es infinitamente misericordioso. También existe la idea de que la conversión es imperativa para los seres humanos como respuesta a la misericordia de Dios. La última idea es relativa a la certeza de que las formas de ser y actuar de Dios son diferentes a las de los humanos.

Este texto nos ayuda a entender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús compara el reino de los cielos con un propietario que paga a sus trabajadores. La parábola comienza con la charla de Jesús sobre un propietario que salió a diferentes horas del día para contratar personas para su viña. Relata el acuerdo entre el propietario y los trabajadores sobre el salario que recibirían al final de la jornada laboral.

Pues, el Evangelio relata el descontento y protesta de los trabajadores que fueron contratados en las primeras horas de la jornada, pero recibieron el mismo salario que los contratados tardíamente. Luego, el Evangelio da la reacción del propietario quien, a su vez, protestó por no haber hecho algo malo que por respetar el convenio que se pactó con ellos. Finalmente, el Evangelio describe la argumentación dada por el propietario que resalta mayoritariamente su generosidad y su liberalidad para hacer con su bien lo que le agrada. El Evangelio termina con una advertencia sobre los primeros que podrían ser los últimos y los últimos que podrían ser los primeros.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la generosidad de Dios y su justicia. De hecho, vivimos en una sociedad de gente industrial y espíritu emprendedor, donde se crea un nuevo negocio casi todos los días y se pone en el mercado.

En una tal sociedad, las personas se relacionan entre sí según la cantidad de trabajo que uno es capaz de producir. Cuanto más uno trabaje, más éxito tendrá o más dinero tendrá. Donde el espíritu está dominado por la necesidad de producir, allí la gente se trata según los méritos para que uno sea digno de lo que se merece.

Este espíritu es muy importante en el sentido de que emula a las personas para producir más y, por lo tanto, contribuir al desarrollo de la sociedad. Sin embargo, las personas pueden estar tan obsesionadas con el espíritu empresarial que toman a Dios por un socio comercial. En este sentido, es fácil pensar que si realizamos un cierto número de obras o devociones espirituales, satisfacemos las demandas de Dios para que nos recompense.

Este es exactamente el punto que el Evangelio está haciendo al denunciar la concepción de Dios que tenían los primeros en llegar a la viña. Lo tomaron por un socio comercial que tuvo que recompensarlos con más en comparación con los recién llegados, porque han estado trabajando durante mucho tiempo para él.

Para Jesús, de hecho, Dios no es un socio comercial del que tengamos derecho a reivindicar para que nos pague más que a los demás. En verdad, ante Dios, no hay nada que podamos

reclamar o reivindicar por nuestros méritos; solo hay regalos que podemos recibir y por los cuales tenemos que estar agradecidos.

En este sentido, lo que cuenta para Dios es la salvación de cada uno de sus hijos. No importa si alguien ha comenzado a creer en Dios antes o después. Lo importante es que la persona, aprovechando la misericordia de Dios y la oportunidad del tiempo que Dios le da, cambie su vida y se acerque a él.

La contratación de personas en diferentes horas del día en la parábola expresa la insistencia de Dios en que las personas puedan llegar a la salvación. Esta insistencia del propietario en traer a la gente al trabajo en diferentes horarios es uno de los fundamentos de la obra de evangelización.

Por eso, es injustificable la cólera de los primeros en llegar al puesto. Al contrario, deberían estar felices de que sus compañeros, que estaban lejos de Dios, hayan llegado a conocerlo y hayan recibido su salvación eterna. Además, al pagar a todos los trabajadores un mismo salario, el propietario los trata por igual. Él valora su servicio, no en términos del trabajo que habían realizado para él, sino en términos de lo que necesitaban para ser felices, que es su salvación eterna.

De esta manera, está claro que la justicia de Dios no hace una distinción entre los primeros y los posteriores. Al contrario, Dios se regocija por la salvación de cada uno de sus hijos cada vez que cambia su vida y abraza la fe. Por supuesto, en comparación con la lógica del mundo moderno, el propietario es injusto al tratar a los que llegan más tarde de la misma manera que a los primeros empleados.

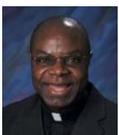
Pero esta lógica humana no se aplica a la realidad del reino de Dios. Lo que hay detrás de nuestra lógica moderna es el lucro para que cada uno merezca lo que es capaz de producir. Sin embargo, lo que cuenta para el reino de Dios es la salvación. Como tal, la salvación no se puede cuantificar en términos de producción, sino en términos de necesidades, de modo que siempre que alguien manifiesta la necesidad de tenerla cambiando su vida, Dios se la da.

Por eso es importante que entendamos que la Iglesia no es un lugar de competición y rivalidad. Nadie tiene derecho a decir que se merece más porque es el primero en llegar a la fe. Nadie es "veterano" porque se convirtió a Cristo antes que los demás. Todos somos iguales ante Dios. De la misma forma, no hay razón que dé superioridad a unos sobre otros.

Creo que es por eso que el Evangelio termina con una advertencia que dice que los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. Esta advertencia nos abre los ojos a la realidad del reino de Dios que no conoce privilegios para que unos sean superiores a otros por el antecedente de su fe.

Lo que se necesita para todos, tanto los que llegan tarde como los primeros, es perseverancia. Todos tenemos que perseverar en nuestros compromisos cristianos y en nuestra fe. No debemos desperdiciar las oportunidades que Dios nos da para cambiar y permanecer más de cerca en él. La anterioridad en la fe no es un signo de garantía. La garantía está en la fidelidad. Oremos para que Dios nos ayude a serle fieles hasta el final. ¡Dios los bendiga a todos!

**Isaías 55: 6-9; Filipenses 1: 20c-24, 27a; Mateo 20: 1-16a**



Fecha de la Homilía: el 20 de Septiembre, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20200920homilia.pdf